

un gobernante casi popular de la Lombardía, bajo la dominación de Austria; por *actitud* más que por convicción, manifestaba ideas liberales, desagradables á su hermano, cuantas veces podía; su hermano, por ende, veía con gusto su alejamiento de Europa. Napoleón, que conocía las ideas anti-clericales infundidas ó consolidadas en Maximiliano por su esposa la princesa Carlota, que adoraba y admiraba á su padre protestante, y su debilidad de carácter, supuso que sería el nuevo emperador un simple instrumento en sus manos, un mero agente de la intervención; Carlota, que le indujo seguramente á aceptar, era una mujer orgullosa á quien todo papel secundario incomodaba y aburría, pero que amaba á su marido y era ambiciosa por los dos; excesivamente inteligente y nerviosa, su espíritu adquirió una excitabilidad tan profunda desde que comenzó la terrible aventura mexicana, que su demencia final no fué más que el resultado de cuatro años de tensión neuro-psíquica.

Maximiliano era, en toda la acepción del término, un aventurero, un hombre nacido para las aventuras y á quien no arredraban las empresas temerarias, si al fin de ellas vislumbraba un gran resultado en consonancia con su ambición; era un segundón, como la mayor parte de los aventureros, que soñaba con desempeñar un primer papel; lo buscaba en Austria en el mundo de las ideas, y por eso era liberal como su suegro; México era lo desconocido, era una arcilla intacta aunque maculada por las guerras civiles, con la que se proponía hacer un pueblo á su imagen: se sentía para eso con valor, con entusiasmo, con inspiración, con el don divino de gobernar. Pero lo que iba á hacer era una novela que el destino transmutó en tragedia; porque ni era un político ni un administrador, ni un soldado; era un soñador, un artista; toda su vida y todas sus inclinaciones lo denuncian; era un poeta; su sentido práctico era Carlota, él veía en todo el golpe teatral, la decoración; siempre pensó en el escenario. Excesivamente compasivo, pero (esto está perfectamente comprobado) dotado de una duplicidad fundamental, no tenía escrúpulo en engañar. Viene á la memoria, cuando se analiza la vida de Maximiliano, la rápida psicología de Carlos I trazada por Macaulay: «Sería injusto negar á este príncipe algunas de las cualidades de un buen, de un gran príncipe; escribía y hablaba como los caballeros inteligentes y bien educados; su gusto en literatura y arte era excelente, sus maneras dignas, aunque no graciosas, su vida doméstica sin reproche. La duplicidad (*faithlessness*) fué la causa capital de sus infortunios y es la mancha principal de su memoria; á ella era impelido, es cierto, por una incurable propensión á lo obscuro y lo tortuoso. Parecerá extraño que una conciencia que en ocasiones de poca importancia era suficientemente delicada no le reprobase tamaño defecto.»

Mientras recibía de los pueblos dominados por la invasión sendos cartapacios atestados de las actas del *plebiscito*, Maximiliano convenía con su hermano en la renuncia completa del trono imperial de Austria para él y sus descendientes, á no ser que se extinguiera toda la semilla archiducal; renuncia que dió lugar á escenas desagradables y que el renunciante no hizo sin reservas mentales; visitó las cortes europeas y recibió frases de estímulo de Napoleón, que ya había dicho que «la expedición de México era la página más brillante de su reinado,» y que, al prometer á Maximiliano la ayuda de Francia mientras permaneciese en México, «os doy un trono sobre un montón de oro,» le dijo. Hubo además un tratado con cláusulas secretas y un empréstito por extremo oneroso para el nuevo imperio. Maximiliano, después de recibir la bendición de Pío IX y su promesa de que enviaría un pleni-

potenciario para zanjar inmediatamente la cuestión eclesiástica, partió para México, dejando á los reaccionarios, que habían inventado para él un trono, contentos, despreciados y engañados. Después de las dolorosas y solemnes ceremonias de la renuncia y de la coronación, pareció medir el abismo donde iba á precipitar su juventud y su vida, y en los tres días de soledad en que no quiso ver á nadie, el poeta dejó oír este lamento:

¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,
del cielo de mis dulces primeras alegrías;
preciso es que abandone con mi dorada cuna,
ya rotas, las que á ella me unen santas ligas!
La tierra en que los años rieron de mi infancia,
y del amor primero sentí el ansia infinita,
voy á dejar á impulsos de la ambición, que, gracias
á vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga.
Queréis con el señuelo de un trono seducirme
mostrándome las locas quimeras que fascinan.
¿Debo escuchar el dulce cantar de las sirenas?
Triste del que en el canto de las sirenas fia.
Me habláis de cetos áureos, alcázares, potencia;
la senda que á mis ojos abris nada limita.
¡Preciso me es segueros allende el Oceano,
de un mundo que yo ignoro á la lejana orilla!
Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.
Pero ¿podréis, en cambio, darme la paz del alma,
ó son, para vosotros, oro y poder la dicha?
Dejadme ir descuidado por mi sendero obscuro;
en paz, entré los mirtos, dejad que alegre siga:
la ciencia me es más dulce y el culto de las Musas
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.

La fragata *Novara* lo trajo á Veracruz; en el viaje se ocupó en hacer un reglamento económico de gobierno (poseemos el original), y llegó muy contento; recibiólo la población con curiosidad, los conservadores muy alborozados, y mirados fría y burlonamente por el pueblo; los oficiales franceses y el lugarteniente del Imperio, D. Juan Almonte, le presentaron su homenaje. El príncipe pasó rápidamente, saludando mucho con su sombrero alto gris, que se hizo popular, y ostentando su gran barba rubia, artísticamente rizada y partida bajo la mandíbula corta y la boca enferma; su esbeltez, su mirada benévola y clara, gustaron mucho; era un simpático en toda la extensión de la palabra, y las multitudes sentían esta electricidad. Carlota, muy alta, muy rígida, de mirada inteligente y penetrante, parecía más varonil que su esposo; no era simpática; era una intelectual, su marido un sentimental. Córdoba, Orizaba, Puebla, fueron los nudos de una cadena sin fin de ovaciones; la curiosidad estupenda, el deseo de aplaudir lo que halaga los ojos, cierta necesidad de quedar bien ante un príncipe extranjero, la devoción de las multitudes indígenas, que vivían todavía á un siglo de distancia de la conquista y para quienes *ver á un rey* era una maravilla, todo dió una expresión extraordinaria á aquellas recepciones en que *la clase alta* lo dirigió y lo

compuso todo con una adhesión tan ingenua y tan *cursi*, que la historia desarruga ante ella su faz severa y olvida que la noción de Patria se perdía en esas conciencias, confiadas en el milagro de concordia, de olvido y de paz que iba á realizar aquel hombre rubio.

En México el espectáculo fué soberbio; la municipalidad apuró en arcos y cortinajes todo su lujo y sus fondos; la ciudad entera tomó parte en la fiesta. La aristocracia, que se atavió espléndidamente con un entusiasmo batallador y delicioso, diputó á una gran señora para que leyese á la emperatriz un verdadero discurso (obra del señor Arango y Escandón),



D. Pedro Escudero y Echanove

que era un programa de política religiosa; el pueblo, en quien la policía había vertido una dosis de delirio extraordinario en las pulquerías, gritaba frenético; la clase media, fría, observadora, miedosa, no creía que durase aquella ópera. Un centenar de estudiantes gritábamos á grito herido, en la plaza principal, *mueran los mochos*, sin que nadie nos reclamase. Todo se perdía en un rumor inmenso de clamor humano, de repiques, cañonazos, músicas...

Pasaron los meses; las medidas del emperador eran nulas ó de poca importancia; parecía recogerse, meditar, estudiar; he aquí alguno de sus actos: suspensión del bloqueo de las costas mexicanas, que desorganizó bastante el plan de la marina francesa; nombramiento de un liberal moderado para ministro

de relaciones exteriores. La exclusión cortés de Almonte de toda dirección política y la de Gutiérrez Estrada, tipo absolutamente antiguo y caballeresco de la devoción hacia un ideal de ocaso y de sepulcro, impresionaron mucho: eran el autor de la intervención francesa el uno, y el de la candidatura de Maximiliano el otro. También proyectó muchos reglamentos y muchos gastos inútiles; añádase la desaparición rápida de los diez millones que del empréstito francés habían quedado á disposición del Imperio y tendremos resumida la vida oficial de la monarquía... ¿Qué hacía Maximiliano; se recogía, estudiaba, meditaba?

Sin embargo, la situación del gobierno imperial, respecto del gobierno nacional, era incomparablemente mejor: el primero contaba con la adhesión angustiosa, pero íntima, de la mayoría de las clases acomodadas, las que ponían sobre la patria sus creencias religiosas, sus intereses positivos ó sus vanidades pueriles; con la indiferencia de la masa, que servía

á unos y á otros indistintamente, con la disgregación del partido reformista, que iba reconociendo un nuevo centro de gravedad, que no era el gobierno de Juárez, apenas sentido, casi olvidado, y con la inmensa superioridad militar que el ejército francés le proporcionaba; el gobierno nacional trashumante, retirándose, casi fugándose hacia el Norte, amenazado de cerca por las columnas francesas; los Estados excéntricos, Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas, dominados ó á punto de serlo; el foco firme y sólido de resistencia, lentamente organizado en Oaxaca por el más serio de los jóvenes caudillos republicanos, el general Díaz, esperando aislado la formidable tormenta que se le venía encima; el principal ejército republicano á punto de disolverse en el Occidente por la defección de su general en jefe,

Uraga, y salvado de la vergüenza y la disolución por el patriotismo simple y puro de Arteaga, que en aquella crisis formidable dejaba oír estas palabras al recibir de Juárez el mando en jefe del ejército acéfalo: «Para aceptar el poder no consulté mi vanidad, sino mi abnegación, proponiéndome sacrificar mi persona en aras de vuestro porvenir. La época es aciaga, mas, mi honra en rehenes, jamás permitiré, no sólo depredaciones, pero ni sacrificios estériles. Si la República toda estuviera bajo mi aliento, en este instante estallarían una insurrección universal; mas comprendo perfectamente esas sorpresas que el espíritu humano sufre por



D. José María Lacunza

sociedades enteras y en las que necesita tiempo para respirar. Su silencio no es la aquiescencia, porque cuando la reacción viene, es como un torrente de fuego que lo abrasa todo; por eso espero mucho y muy pronto de vosotros; mas, mientras llega vuestro día, estad seguro que este ejército que se halla á vuestra vanguardia mantendrá el fuego sagrado de la independencia.» Pronunciadas en la hora de agonía de la República, á la cabeza de un ejército desorganizado, desnudo, hambriento, rodeado de todas las defecciones, de todas las traiciones, viendo venir una tromba de derrotas, de exterminio y de muerte, estas palabras son de las más altas, de las más grandes que han resonado en la historia humana.

Tres meses después de su llegada, gracias á que le habían abierto y limpiado el campo treinta mil franceses y veinte mil infidentes, pudo Maximiliano recorrer triunfalmente el Interior; todos los tibios se volvieron á él, cuantos habían perdido la esperanza se le acercaban: cuantos se le acercaban, quedaban seducidos por su liberalismo, por su risueña